

LAS DOS LO AMABAN. ¿QUIÉN LO ASESINÓ?



LA EX / LA MUJER

TESS STIMSON



MOTUS

LA EX / LA MUJER

TESS STIMSON

Traducción: Carmen Bordeu

MOTUS

“He devorado *La Ex / La Mujer*, con sus personajes bien planteados, sus verosímiles y complejas relaciones y con un argumento implacable y retorcido que mantiene al lector intentando descubrir quién es el asesino hasta el final del libro. Además, Tess Stimson escribe maravillosamente”.

—Debbie Howells, escritora.

“*La Ex / La Mujer* es una novela fantástica, compleja, intrigante, rápida, con unos personajes no solo brillantes, sino también convincentes. ¡Me ha encantado!”

—Alex Lake, escritor.

“Una lectura trepidante a través de esta historia de un mortal triángulo amoroso. Tensa, enrevesada, y con un final... ¡sorprendente!”

—Jackie Kabler, presentadora de televisión
y periodista británica.

“Un thriller que te mantiene pegada al sillón, que te engancha desde la primera hasta la última página”.

—Maria Eugenia Delso, editora.

Stimson, Tess

La ex / La mujer / Tess Stimson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Trini Vergara Ediciones, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Carmen Bordeu.

ISBN 978-987-47931-8-8

1. Narrativa Inglesa. 2. Divorcio.. 3. Crímenes.I. Bordeu, Carmen, trad. II. Título.

CDD 823

Título original: *One in Three*

Edición original: Avon

© 2020 Tess J Stimson

© 2021 Trini Vergara Ediciones

www.trinivergaraediciones.com

© 2021 Motus Thriller

www.motus-thriller.com

España · México · Argentina

ISBN: 978-987-47931-8-8

Índice de contenido

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

La ex / La mujer

Capítulo 1. El presente

Siete semanas antes de la fiesta

Capítulo 2. Louise

Capítulo 3. Caz

Capítulo 4. Louise

Capítulo 5. Caz

Seis semanas antes de la fiesta

Capítulo 6. Min

Capítulo 7. Louise

Capítulo 8. Caz

Capítulo 9. Louise

Capítulo 10. Caz

Cinco semanas antes de la fiesta

Capítulo 11. Louise

Capítulo 12. Caz

Capítulo 13. Louise

Capítulo 14. Caz

Cuatro semanas antes de la fiesta

Capítulo 15. Louise

Capítulo 16. Caz

Capítulo 17. Min

Capítulo 18. Louise

Capítulo 19. Caz

Capítulo 20. Louise

Tres semanas antes de la fiesta

Capítulo 21. Caz

Capítulo 22. Louise

Dos semanas antes de la fiesta

Capítulo 23. Caz

Capítulo 24. Louise

Capítulo 25. Caz

Capítulo 26. Louise

Capítulo 27. Caz

Capítulo 28. Min

Una semana antes de la fiesta

Capítulo 29. Louise

Cinco días antes de la fiesta

Capítulo 30. Caz

Capítulo 31. Louise

Capítulo 32. Caz

Capítulo 33. Louise

Cuatro días antes de la fiesta

Capítulo 34. Caz

Capítulo 35. Louise

Capítulo 36. Caz

Tres días antes de la fiesta

Capítulo 37. Louise

Capítulo 38. Caz

Dos días antes de la fiesta
Capítulo 39. Louise

El día previo a la fiesta
Capítulo 40. Min
Capítulo 41. Caz
Capítulo 42. Louise

El día de la fiesta
Capítulo 43. Caz

Cinco meses después
Capítulo 44. Louise
Capítulo 45. Celia

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Tess Stimson

Sinopsis

Manifiesto MOTUS

*Para Barbi,
mi malvada y genial madrastra.
¿Quién hubiera pensado
que tendría tanta suerte dos veces?*

CAPÍTULO 1

El presente

LAS DOS ESTAMOS CUBIERTAS DE sangre. Sangre arterial brillante y oxigenada. Mi camisa está empapada. Tengo sangre en la boca, en las fosas nasales; la puedo sentir cuando respiro, puedo paladearla. Salada y metálica, como si hubiera chupado una barra de metal oxidada.

Me hamaco hacia atrás sobre los talones y me quito el pelo de los ojos. La pelea mortal nos dejó a las dos sin aliento, jadeantes. A tres metros de distancia, ella logra sentarse con dificultad; el brazo izquierdo le cuelga inerte a un lado.

El cuchillo yace en un charco de sangre rojo rubí brillante entre ambas. No le quito los ojos de encima ni por un segundo. Ella desliza la mirada hacia el filo del cuchillo y después la vuelve hacia mí.

El teléfono está fuera de mi alcance, dentro de mi bolso junto a la puerta. De todos modos, no tendría sentido

llamar a una ambulancia. Él está muerto. Nadie que pierde tanta sangre puede sobrevivir.

Se escuchan gritos afuera. Personas que corren. La Casa de la Playa está separada del edificio principal del hotel, pero el sonido se propaga a través del agua. Alguien escuchó los gritos. La ayuda está en camino.

Ella también se da cuenta. Sosteniendo el brazo dislocado contra su pecho, se vuelve con rapidez hacia la puerta abierta que da a la terraza, sopesando sus posibilidades. Es apenas un primer piso, y abajo hay arena blanda, pero la marea está subiendo y cortando la calzada elevada, y ella no está en condiciones de trepar los peligrosos escalones de los acantilados. De todas maneras, se está quedando sin tiempo; los gritos suenan al otro lado de la puerta.

Se vuelve hacia mí y se encoge de hombros: “No se puede ganar siempre”. Luego se echa hacia atrás, se apoya contra el borde del sillón y cierra los ojos.

El bullicio afuera se intensifica. La puerta tiembla y se astilla. Dos hombres irrumpen en la habitación, seguidos por una marea de rostros blancos. Detecto el espanto en sus ojos cuando registran la horrorosa escena. Uno de ellos se vuelve y cierra la puerta, pero no antes de que un teléfono móvil emita un destello entre el gentío.

Ahora, finalmente, tal vez todos me crean.

CELIA MAY ROBERTS
ENTREVISTA GRABADA: PRIMERA PARTE

Fecha: 25/07/2020
Duración: 41 minutos
Lugar: Hotel Burgh Island

**Realizada por oficiales de policía de Devon y
Cornualles**

POLICÍA: Esta entrevista está siendo grabada. Soy el detective inspector John Garrett, oficial investigador superior del Equipo de Delitos Graves a cargo de la investigación de la muerte violenta de Andrew Page ocurrida en el Hotel Burgh Island en horas más tempranas del día de hoy. Hoy es sábado 25 de julio de 2020 y mi reloj marca las 3.40 de la tarde.
¿Nombre completo, por favor?

C. R.: Celia May Roberts.

POLICÍA: Gracias. ¿Podría confirmar su fecha de nacimiento?

C.R.: No entiendo qué importancia puede tener.

POLICÍA: Solo para dejar constancia, señora Roberts.

C.R.: Catorce de febrero de 1952.

POLICÍA: Gracias...

C.R.: ¿Quiere saber algo más sobre mí? ¿Cuánto calzo? ¿De qué signo soy? No maté a mi yerno. En vez de desperdiciar el tiempo conmigo debería...

POLICÍA: Señora Roberts, no es mi intención ser grosero, pero la parte de la introducción es importante. Así que lamento tener que interrumpirla.

C.R.: (Inaudible).

POLICÍA: Entiendo que todo esto le resulte molesto, señora Roberts. ¿Quiere una taza de té antes de que continuemos?

C.R.: No, gracias. [Pausa]. Lo siento. No quise ser maleducada. Es solo que... todos queríamos mucho a Andrew. No puedo creer todo esto.

POLICÍA: No se preocupe, señora Roberts. Podemos detenernos cuando sea.

C.R.: En realidad, creo que prefiero hacerlo de una vez y así poder estar con mi hija y mis nietos...

POLICÍA: De acuerdo. Presente aquí conmigo se encuentra la...Sargento detective Anna Perry.

POLICÍA: Señora Roberts, sé que esto es difícil, pero ¿podría decirnos qué...?

C.R.: Caroline lo mató.

POLICÍA: ¿Se refiere a la mujer actual, la señora Caroline Page?

C.R.: Sí.

POLICÍA: ¿Presenció...?

C.R.: Vi a esa mujer de pie junto a él, *in fraganti*. Había sangre por todas partes. Debería arrestar...

POLICÍA: ¿Había alguien más?

C.R.: Mi hija, pero...

POLICÍA: ¿Louise Page es su hija? ¿La exmujer del señor Page?

C.R.: Sí.

POLICÍA: ¿Qué estaba haciendo ella cuando usted llegó?

C.R.: Estaba en el suelo con Andrew. Tenía su cabeza en la falda.

POLICÍA: A ver, para ser claros, señora Roberts. Usted no *vio* a Caroline Page apuñalar a su marido. Y no había nadie más allí, salvo su hija y la señora Page, ¿verdad? ¿No vio a nadie entrar o salir de la Casa de la Playa?

C.R.: Había un par de empleados afuera que intentaban evitar que la gente entrara. Y por

supuesto, muchas personas llegaron al lugar al mismo tiempo que yo. Todos escuchamos los gritos... se podían oír desde la mitad de la isla. Min estaba ahí, y mi hijo, Luke...

POLICÍA: Pero no había nadie más *dentro* de la Casa de la Playa cuando usted llegó, salvo las dos mujeres, ¿no es cierto?

C.R.: Ya se lo dije, Caroline...

POLICÍA: Señora Roberts, atengámonos a lo que vio. [Pausa]. ¿Tal vez me pueda decir qué estaba haciendo usted en el Hotel Burgh Island en primer lugar?

C.R.: [Pausa]. Mi marido y yo estábamos celebrando nuestras bodas de oro.

POLICÍA: Felicitaciones.

C.R.: Gracias.

POLICÍA: ¿Habían organizado una especie de reunión familiar?

C.R.: Sí, lo habíamos estado planeando desde el verano pasado.

POLICÍA: ¿Y de quién fue la idea de invitar a su exyerno?

C.R.: Andrew es parte de la familia. Se dio por sentado.

POLICÍA: ¿Y también invitaron a la nueva mujer?
¿Qué dijo su hija al respecto?

C.R.: Se divorciaron hace cuatro años. No es la primera vez que compartían un evento social. Hace unas semanas cenamos todos juntos después de la obra teatral de la escuela. Louise es más fuerte de lo que parece.

POLICÍA: Según su nuera Min, así se llama, ¿verdad?... Nos dijo que ella y su hijo Luke le rogaron que no invitara al señor Page y a su esposa.

C.R.: Louise me dijo a *mí* que no le importaba.

POLICÍA: Señora Roberts, esto era bastante más que un simple encuentro en una obra escolar, ¿no le parece? Un fin de semana entero en una isla compartiendo una celebración familiar íntima con la mujer que había huido, lo siento, con su marido. Los ánimos estarían caldeados, sin duda.

C.R.: Ya se lo dije, Louise *quería* que Caroline viniera.

POLICÍA: ¿A pesar del llamado a la policía el mes pasado por un altercado entre ellas?

C.R.: Louise dijo que quería hacer las paces, por el bien de los niños.

POLICÍA: ¿No se le ocurrió que pudiera haber otro motivo por el que su hija querría a su exmarido y a su mujer allí?

C.R.: ¿Cómo cuál?

POLICÍA: Eso es lo que estamos tratando de determinar, señora Roberts. [Pausa]. ¿Tenía *usted* algún otro motivo para invitar a Caroline Page y a su marido, señora Roberts?

C.R.: (Inaudible).

POLICÍA: ¿Señora Roberts?

C.R.: Por el amor de Dios. *Con el diario del lunes* todo es más fácil, ¿verdad, inspector?

SIETE SEMANAS ANTES DE LA FIESTA

CAPÍTULO 2

Louise

TODOS EN LA FAMILIA RECIBEN una invitación formal a la fiesta de mi madre. Papel vitela de grano grueso, tipografía Eduardiana, letras en relieve, todo lo que uno se pueda imaginar. Bella coloca la nuestra en el lugar de honor, sobre la repisa de la cocina, apoyada contra el perro de plastilina que le hizo a Andrew para el Día del Padre cuando tenía cinco años. Andrew llevó el perro a la oficina y se lo mostró a todos con mucho orgullo, convencido de que la niña era una especie de prodigio artístico. No se lo llevó con él cuando se marchó siete años más tarde.

Las palabras en relieve me persiguen por toda la cocina como los ojos de la *Mona Lisa*. Las ignoro mientras vacío el lavaplatos, abro y cierro los armarios con el ritmo habitual y encuentro alivio en la alineación exacta de la vajilla, los bols apilados ordenadamente y la disposición militar de los cuchillos, los tenedores y las cucharas en sus compartimientos separados. Todo en su lugar.

Todo menos yo.

Bagpuss se escurre entre mis tobillos, impaciente por su desayuno. Echo un poco de alimento balanceado seco en su plato, lo único que tolera en estos días, y le rasco con cariño detrás de las orejas.

—Aquí tienes, Bags. No comas muy rápido.

El viejo y fofo gato artrítico se inclina sobre su comida. Le sirvo agua, me preparo un té y me voy afuera. El aire huele a limpio después de la lluvia tan necesaria de anoche, pero ya promete ser otro día caluroso y atípicamente húmedo para junio. Me acurruco en la silla de mimbre que cuelga del manzano, doblo una pierna para colocar un pie debajo del trasero y empujo el suelo con el otro. Solía odiar las mañanas antes de que Bella y Tolly nacieran, pero en estos días valoro esta preciosa media hora de paz antes de que el mundo despierte. Me reclino y cierro los ojos. Es el único momento que tengo realmente para mí.

La invitación me ha perturbado más de lo que estoy dispuesta a admitir. Mi madre envió una a Andrew y a Caz también, aunque le rogué que no lo hiciera. Ahora tendré que enfrentarlos en mi propio terreno, en el corazón de mi familia.

Cuatro años atrás me las había ingeniado para sortear el día de su casamiento limpiando los armarios de la cocina mientras los imaginaba pronunciando los votos matrimoniales, restregando el suelo del baño mientras los visualizaba cortando el pastel y empujando la desafilada máquina de cortar pasto por el césped de quince centímetros mientras mi mente los veía salir a la pista para su primer baile de casados. Desde entonces, he aprendido a la fuerza a aceptar la presencia de ambos en los actos y las fiestas deportivas escolares. Levanté una coraza a mi alrededor para protegerme. Pero esto es diferente.

Tal vez porque son las bodas de oro de mis padres, un hito que soñaba alcanzar con Andrew. O porque mamá era el último reducto de resistencia contra Caz, y la invitación

finalmente la saca del congelador. O tal vez solo necesite unas horas más de sueño. Me quedé despierta hasta las dos de la mañana corrigiendo los exámenes de mitad de año de mis alumnos de Medios de Comunicación. Habría terminado antes si hubiera dejado pasar errores de ortografía y gramática, pero a pesar de haber descendido de las alturas de escribir una columna semanal en la calle Fleet, todavía tengo mis estándares.

El sol atraviesa el horizonte y una franja de luz dorada cae sobre mi rostro. *Andrew tenía razón*, pienso, mientras abro los ojos y contemplo las colinas ondulantes. A pesar de las dudas iniciales, *he* terminado por amar este lugar.

Todavía puedo verlo de pie sobre la pared de piedra baja del jardín el día que conocimos la casa por primera vez, hace casi diecisiete años, con los brazos bien abiertos y una expresión feliz en su rostro mientras describía con entusiasmo nuestra vida aquí. Un lugar donde nuestra hija recién nacida crecería sana y segura, con el viento en su cabello y el césped entre los dedos de los pies. En ese entonces, yo me resistía a dejar Londres; no por mi columna en el *Daily Post*, que podría haber escrito desde cualquier lugar, sino porque la ciudad me hacía sentir viva, conectada, como si tuviera el mundo a mi alcance. Odiaba la idea de renunciar a todo para instalarme en un lugar en ruinas y en medio de la nada que requeriría un gran esfuerzo económico. Pero Andrew lo había deseado tanto, y en aquellos días, le habría dado todo lo que pidiera. Nunca se me ocurrió que terminaría viviendo aquí sin él.

El teléfono suena en el bolsillo de mi bata y me sobresalta. Lo tomo y deslizo un dedo hacia la derecha; el rostro de mi cuñada aparece en la pantalla.

—¿Te estás por acostar o recién te levantas? —pregunto. Me pongo de pie y regreso a la cocina.

—Acabo de terminar un doble turno en el hospital —dice—. Llegué a casa hace un par de minutos.

Se ve tan descansada como si acabara de llegar de quince días en Hawái. Con cuarenta y siete años, es apenas cuatro años más grande que yo, pero a juzgar por la imagen en el diminuto recuadro de FaceTime, yo podría pasar por su madre. Mi cabello castaño opaco necesita con urgencia unos reflejos y mis ojos azules lucen apagados.

—¿Una noche tranquila? —pregunto y apoyo el teléfono en la mesada de la cocina.

—Un choque múltiple en la M23. De terror —responde Min con anticipación. Su imagen se mueve de arriba abajo mientras camina hacia el estudio. Apoya el teléfono y sacude un sobre frente a la pantalla—. ¿Adivina qué encontré en el felpudo de entrada?

Amo a Min. Es graciosa e inteligente, y hace muy feliz a mi hermano Luke. Pero no tiene límites, y ya sé dónde terminará esto.

—Antes de que preguntes, sí, Andrew y Caz están invitados —afirmo y coloco otra bolsita de té en mi taza vacía—. Mamá quiere reunir a toda la familia para su gran día. Y ya sabes cuánto adora a Kit.

—Entiendo lo de Kit, pero ¿por qué Celia la invitó a *ella*?

—Porque Andrew no vendría sin ella.

Min parece indignada.

—Esa mujer debería tener la decencia de no aparecer —retruca—. Para ser sincera, no puedo creer que Andrew tenga las agallas para ir.

—Puedes llamarla por su nombre, sabes. Tampoco es Voldemort.

—No tienes por qué pasar por esto, Lou. No te conviertas en una mártir. Podrías plantarte y decirle que no a Celia.

No voy a morder ese anzuelo. Nadie le dice que no a mi madre, ni siquiera Min.

No es que no aprecie la lealtad de mi cuñada. Nunca hubiera sobrevivido los meses espantosos que siguieron a la partida de Andrew si no hubiera sido por ella, en particular con una niña de doce años traumatizada y un

bebé recién nacido a quienes cuidar. El más pequeño de los cuatro hijos varones de Min todavía usaba pañales en esa época, pero ella siempre estaba ahí cuando yo la necesitaba. Min llevaba a Bella a la escuela aquellas mañanas en que yo no podía salir de la cama, se aseguraba de que yo comiera y me ayudó con los desgarradores trámites del divorcio: a encontrar un abogado decente, guardar la ropa de Andrew en cajas, retomar el trabajo. Me escuchaba con paciencia mientras yo sollozaba dentro de una copa de vino y trataba de entender lo que había sucedido. Y cuando parecía estar a punto de ahogarme en la desesperación, ella me dio la dosis precisa de amor y firmeza que necesitaba para empezar a vivir de nuevo.

Lo que más le cuesta aceptar es mi necesidad de dejar atrás el pasado de una vez y perdonar a Andrew. Su constante hostilidad hacia él es casi tan agotadora como la serena negación de mi madre a aceptar que él nunca regresará.

Andrew me rompió el corazón. Pero han pasado cuatro años. Y si no dejo ir el resentimiento, terminará por consumirme. Sigue siendo el padre de Bella y Tolly, y ellos lo aman.

No importa lo que piense Min, no soy una mártir ni me dejo pasar por encima. He aprendido a tolerar la presencia tóxica de Caz en mi vida. ¿Qué opción tengo? Es la mujer del padre de mis hijos. Y la madre de su medio hermano. De una manera perversa, me guste o no, eso la convierte en familia.

—Por favor, Min, olvídalo —le pido con cansancio—. Es solo un fin de semana en mi vida. Supongo que podremos atravesarlo sin matarnos unos a otros.

—Tenemos casi siete semanas —responde Min, en un vertiginoso cambio de táctica—. Hay una dieta maravillosa, te va a encantar. Una combinación de la dieta paleo y la de los grupos que cuentan las calorías; vas a perder cinco

kilos sin darte cuenta. Te prestaría algo mío para que te pusieras, pero eres demasiado alta...

Escucho unos pasos pequeños arriba y cierro la puerta de la cocina para que nadie me escuche.

—No estoy tratando de competir con Caz, Min. Ya no tengo chance. Tiene veintinueve años y el aspecto de una modelo, mientras que yo tengo los pechos casi en el ombligo y arrugas hasta en las orejas. Podría hacer dieta hasta el final de mis días y jamás tendría sus pómulos. — Dejo escapar un suspiro—. Aprecio que quieras levantarme el ánimo, pero aunque me sometiera a un cambio de imagen como hacen las celebridades, no serviría de nada. ¿Qué sentido tendría destruir la familia de Kit ahora?

—Volvería a juntar a *tu* familia.

—No. No lo haría.

El ceño fruncido de Min cubre toda la pantalla.

—Eres demasiado buena.

Vuelvo la vista hacia la invitación sobre la repisa. Andrew y yo teníamos un trato. Un trato que no incluía aceptar invitaciones a la celebración de las bodas de oro de mis padres ni acercarse al resto de la familia, para el caso. Un trato que él ha roto, a pesar de que le dije que habría consecuencias.

—En realidad, Min —digo y volteo la invitación bocabajo—. No soy tan buena.

CAPÍTULO 3

Caz

CUANDO LLEGO AL CHELSEA POTTER, Angie ya estaba apretujada en nuestro rincón habitual. El *pub* está atestado y las personas salen en tropel a la calle. Me abro paso a los codazos; me lleva varios minutos llegar hasta ella.

—Más te vale que sea un doble —le advierto con tono lúgubre, mientras me entrega un gin-tonic.

Angie levanta su ceja con el *piercing*, mientras yo bebo el trago de una sola vez.

—¿Un día difícil?

—Una semana difícil, y recién es martes. —Me deslizo sobre el taburete que me había reservado y apoyo mi teléfono sobre el bar por si acaso llame Andy—. No vas a creerlo. Tina Murdoch va a ser mi enlace en la cuenta Univest.

Angie silba.

—Estás bromeando. ¿Cómo diablos logró eso?

—Su carrera se fue para arriba desde que nos dejó y se unió a Univest. —Le hago señas al barman para que me traiga otro trago. Me aparto el cabello rubio y largo lejos del rostro, lo retuerzo y lo aseguro con un clip plateado—. Lo que no puedo entender es por qué Patrick lo aceptó. Después de que ella nos saboteó la campaña publicitaria de Tetrokek, una esperaría que él no la dejara acercarse ni a cien metros del edificio.

Angie estira la mano hacia un bol de pistachos.

—Si él está de acuerdo, no hay nada que puedas hacer. ¿Crees que podrás trabajar con ella?

—Hasta ahora no. Ha rechazado todas las ideas que presenté, y ya me esquivó y fue a quejarse con Patrick. Insiste en contratar a un asesor de relaciones públicas externo. Creo que casi estoy deseando que Patrick me saque de la campaña y se la dé a otro.

—No, no lo estás.

—No, no lo estoy. —Frunzo el ceño y miro mi trago—. No voy a permitir que Tina gane, pero si esto sigue así, una de las dos va a terminar en un cajón.

Tina Murdoch, mi pesadilla. La última vez que trabajamos juntas casi me hizo despedir. Lo más irónico es que ella fue quien me dio la gran oportunidad en la publicidad cuando me promovió para una campaña importante durante mi primer año en Whitefish. Se consideraba mi mentora y hacía mucho alarde de apoyar la “sororidad” y ayudar a las mujeres jóvenes a subir en el escalafón laboral. Más tarde me presentó a Andy en un evento de recaudación de fondos para la Sociedad Real para la Prevención de la Crueldad contra Animales cuya campaña había estado a cargo de Whitefish... aunque Andy no se acuerda de ese primer encuentro. Pero cuando él y yo pasamos a ser una pareja oficial, mi relación con Tina se fue a pique enseguida. Sospecho que ella también le había echado el ojo, pero sea lo que sea lo que le molestó, desde entonces me la tiene jurada.

Todavía no terminé la presentación para Uninvest, y obviamente no la he presentado, pero Tina insiste en tener un plan promocional escrito, los detalles de la plataforma publicitaria y un desglose del presupuesto completo por territorio y formato multimedia, todo para fin de mes. Es imposible, y lo sabe. Nolan, nuestro director creativo, está amenazando con renunciar y el resto de los creativos están a punto de sublevarse. Aunque, como señaló Andy fríamente anoche cuando terminé de despotricar, siempre están a punto de sublevarse.

Angie choca su copa con el mía.

—Al diablo con eso. Ya casi es viernes.

—Sí, al diablo.

Abre otro pistacho y tira la cáscara en el bol.

—¿Vas a estar en la ciudad este fin de semana? El sábado por la noche toca una banda muy buena en Borderline.

Hago una mueca.

—No puedo. Nos vamos a Brighton.

—¡Joder! ¿*Otra vez*?

—Nos tocan los chicos este fin de semana.

—¿No pueden venir para aquí? Mi hermana podría cuidarlos por la noche.

—Louise no los deja. —Me estiro para tomar el bol de pistachos—. Dice que son demasiado pequeños para viajar solos en tren. Es ridículo. Bella tiene dieciséis años. A su edad, yo estaba viajando a dedo a Creta. —Suspiro—. Y además apenas cabe un alfiler en el apartamento, así que imagínate tres niños. Kit tiene que compartir la cama con Tolly y Bella termina en el sofá y con sus cosas desparramadas por todas partes. Al menos en Brighton tienen su propia habitación.

—Dios mío, no sé cómo lo aguantas.

—No tengo demasiada opción. Son los hijos de Andy.

Angie me fulmina con la mirada y sus cejas a la moda amagan con desaparecer dentro de su cabello negro con puntas turquesas. Hemos sido mejores amigas desde la

primaria en Dagenham y me conoce más que nadie, incluido Andy. Nos distanciamos un poco durante nuestros años universitarios, cuando yo estaba en Bristol y ella estudiaba moda en Saint Martins, pero hemos sido inseparables desde que regresé a Londres. No podríamos ser más diferentes. Yo soy ambiciosa y resuelta, mientras que Angie nunca piensa más allá de la próxima ronda de tragos. Su idea de una manicura es hacharse las uñas con un cuchillo Stanley. Pero conoció a mi madre antes del accidente, entiende de dónde vengo y lo que he tenido que hacer para llegar adonde estoy. Aparte de Andy y Kit, ella es mi única verdadera familia.

Angie sabe que los hijos nunca formaron parte de mi plan, mucho menos tres. Pero Louise hizo una jugada extraordinaria cuando se quedó embarazada de Tolly. Y casi le salió bien.

—Hablando de Roma —me lamento cuando se enciende la luz de mi teléfono—. La Bruja Mala del Oeste.

—¿Qué quiere?

—Solo Dios sabe —digo con tono ligero, pero ya siento el usual nudo de tensión en el estómago—. Es temprano para sus habituales barbaridades. Tal vez adelantó la hora del vino.

—Ignórala, Caz. Mándala directamente al buzón de voz.

Quiero hacerlo, pero me gana la culpa habitual. Cuando eres la otra mujer, lo eres para siempre. No importa si Louise no es razonable, ni que *ella* haya sido la razón por la que Andy terminó con su matrimonio y no yo. De alguna manera, siempre estaré en deuda con ella.

—Va a seguir llamando sin parar. Es mejor dejar que se saque las ganas. ¿Me cuidas el bolso, por favor? —Me levanto del taburete y me dirijo al fondo del *pub*, cerca de los baños, donde hay menos ruido—. Hola, Louise.

—Es la tercera vez que llamo —exclama con voz brusca—. Deberías tener el teléfono prendido. Nunca se sabe lo que puede pasar.

La presión en mi pecho se intensifica. *Respira*, me digo a mí misma.

—Lo *tenía* prendido...

—Bueno, ya no importa. No tengo tiempo para enseñarte a ser una buena madre. Estoy segura de que se han olvidado, pero el sábado es la obra de teatro de Bella. Me pidió que los llamara y me asegurara de que Andrew vendrá.

Mierda. Me había olvidado por completo.

—Por supuesto que no nos hemos olvidado —miento—. Tenemos muchas ganas de ir.

—Es a las siete. Pero tendrán que estar un poco antes si quieren conseguir buenos asientos.

—Perfecto. Estaremos ahí un rato antes.

—Min y yo planeamos llevarlos después a The Coal Shed para celebrar —agrega Louise—. Una invitación especial, ya que es su primer gran papel.

Menos mal que no tenía dinero. The Coal Shed es uno de los restaurantes más caros de Brighton. Louise se lo pasa torturando a Andy para que le aumente la cuota alimentaria de los chicos, a pesar de que ella trabaja a tiempo completo. Parece creer que a nosotros nos sobra. La única razón por la que podemos darnos el lujo de tener dos casas es porque yo ya tenía el apartamento de Fulham mucho antes de conocerlo a Andy. Jamás podríamos costearlo ahora. Y la casa de Brighton está hipotecada al máximo. Andy gana un buen sueldo como presentador de *Las noticias de la tarde* de INN, pero no es la cantidad de dinero que Louise parece creer. Después de todo, estamos hablando del cable. Con el dinero que le da para ella y los niños, se queda casi con dos tercios del salario de Andy.

De pronto me doy cuenta de que es el fin de semana de Andy con sus hijos. Nada me gustaría más que un fin de semana a solas con Andy y Kit, pero él se pondría muy molesto y me culparía a mí.

—Lo siento, Louise, pero este fin de semana nos toca a nosotros —respondo con cortesía—. Creo que Andy ya hizo planes para llevarlos a cenar afuera.

—Bueno, ¿los puede cambiar, no?

—Hace dos semanas que no los ve —le recuerdo—. Quiere pasar tiempo con ellos.

—¿Y a ti que te importa? Ni siquiera son tus hijos —grita Louise, abandonando toda pretensión de buena educación—. Bella es *mi* hija. ¡Yo soy la que tengo que llevarla a cenar afuera en su gran noche! Si no fuera por ti, la pasaría con sus *dos* padres.

—Louise, por favor...

—Llamaré a Andrew. Tendría que haber hablado con él en primer lugar. No sé en qué estaba pensando. Necesito hablar con el dueño del circo, no con el mono.

—Pues hazlo —replico y corto la conversación.

Tengo el estómago revuelto y un sabor ácido en la garganta. Ya es bastante malo tener que lidiar con Tina en el trabajo, pero al menos puedo mantenerla fuera de mi vida privada. Sin embargo, no hay manera de escapar de la ex de Andy. Han pasado más de cuatro años desde que se separaron, pero Louise no da señales de seguir adelante con su vida. En todo caso, está empeorando. Los comentarios maliciosos, los juegos mentales, la manera en que envenena a Bella y a Tolly en mi contra, todo el tiempo haciendo sentir culpable a Andy... solo tiene que chasquear los dedos para que él aparezca corriendo. Y después están los llamados. A veces solloza en la línea y me ruega que deje que él “vuelva a casa” con ella; otras veces grita y me maltrata hasta que soy yo la que se echa a llorar y corta el teléfono. Es muy inteligente y solo me llama cuando sabe que Andy está en la oficina o fuera de la ciudad por trabajo. Sabe que yo no le voy a contar nada, porque quedaría como una perra celosa.

Y lo peor es que se hace la buenita. El otro día, Andy incluso comentó lo bien que nos llevamos las dos. Después

de todo lo que le hizo a él, a nosotros, todavía no tiene idea de quién es ella *realmente*.

Descubro con sorpresa que de pronto tengo la vista nublada. Estoy tan cansada de esta lucha constante, de las incesantes batallas por el dinero y los chicos. Si hubiera tenido alguna idea de que esto iba a ser así, lo habría pensado dos veces antes de aceptar casarme con Andy.

No, no lo habría hecho. Sería capaz de caminar sobre brasas calientes por mi marido. Louise es una jodida, pero no voy a dejar que me afecte. Estoy cansada, eso es todo. Tomo mi bolso, busco un billete de veinte y lo dejo sobre el bar.

—Lo siento mucho, Angie. Me tengo que ir. Louise tiene ganas de pelear y yo me había olvidado por completo de que este sábado es la obra escolar de Bella. Voy a tener que trabajar esta noche o nunca lograré hacer todo para el lunes.

—No te preocupes —dice ella y se encoge de hombros—. Te entiendo. Nos vemos la semana que viene, ¿te parece?

Le doy un beso en la mejilla.

—Eres un verdadero sol.

—Lo sé. —Sonríe—. ¿Ves esa linda chica vestida de verde junto a la ventana? Me ha estado mirando desde que llegué. Me estás haciendo un favor.

Angie me sopla un beso y yo avanzo entre la multitud de gente y salgo a la calle. Ni siquiera he dado diez pasos cuando mi teléfono vuelve a sonar.

—Andy, lo siento —suspiro—. No debería haberle cortado a Louise. Había tanto ruido en el *pub*... pensé que sería más fácil...

—¿Dónde diablos estás?

—Caminando hacia la estación del metro. Llegaré a casa en treinta minutos...

—Se suponía que recogerías a Kit a las cinco —responde Andy con tono cortante.

Me detengo en la calle.